

De sanguijuelas y reyes

Lo que nos han contado.

Desde el origen de las agrupaciones humanas, siempre hubo un líder que hacía la función de patriarca de su clan, luego estos clanes crecieron y formaron pueblos y naciones, siendo la figura principal, el rey. Este personaje es crucial en el desarrollo de la civilización, buscaba el bienestar de su población y procuraba que hubiera paz. Ciertamente que algunos reinos se hundieron mientras otros crecieron, pero, esto sucede en todo lo que rodea al ser humano.

Hubo malos reyes, pero, la mayoría fueron buenos, de ahí que en la literatura aparezcan personajes principales como monarcas, príncipes y princesas, seres superiores al resto de los mortales, al menos, así figuran en estas narraciones. Bien, esto es lo que nos han contado de niños, claro que, si nos gusta profundizar en la historia nos encontramos con otra cosa, bien distinta.

Lo que de verdad fue.

Buscar el poder, vivir mejor que los demás utilizando la materia prima humana. Estos monarcas no dudaron en declarar la guerra a cualquier otro rey, simplemente por comer una mayor ración del pastel. No es cierto que creasen riqueza para el pueblo, no era esa su intención, lo que sucedió y sigue sucediendo, es que ningún rey es nada si está solo, por lo tanto, necesita súbditos y cuantos más tenga, mejor. La guerra a otros pueblos enriquece sus arcas, aunque también puede perder la vida, aunque este riesgo es asumible por su codicia. Según vemos en la historia, en ningún momento estos monarcas repartían lo ganado con los enrolados a la fuerza, personas por otra parte, obligados a matar a gente que no conocían. El único respeto que tenían estos hombres codiciosos era la fuerza, el saber que otro rey les pudiera hacer lo que ellos ya habían hecho a otros más pequeños, es decir, la ley de la jungla, revestida hipócritamente por el fasto de las grandes cortes. No hay casos documentados donde un rey poderoso ayudase a otro más pequeño, los anexionó a modo de protección por medio de tributos que debían darle anualmente. Estas guerras tan espantosas que promovían estas sanguijuelas con corona, obligaban a otros seres humanos a ir a otro lugar y matar a los que allí vivían y si algún súbdito, que más habría que definirlo como esclavo, se negaba, era torturado y luego muerto para que diera ejemplo. Es cierto que todo reino

tenía un ejército entrenado, y precisamente por eso, eran los que tenían más posibilidades de salir vivos en una contienda, mientras que los **obligados**, como campesinos y maestros de diversos oficios, eran los que más morían, dejando a sus familias viudas o a éstas sin sus hijos o maridos, claro que, nada de esto le importaba al monarca. En algunos casos, a las familias en penuria se les daba una cantidad en compensación, pero, tan mísera, que apenas les aliviaba el hambre. Para poder lograr esto, el rey tenía poder sobre todas las tierras, dicho con otras palabras, todos trabajaban en algo que pertenecía a la corona, no había propiedades, salvo en casos muy específicos, donde la lealtad al monarca era evidente.

A estos reyes se les temió más que apreciarlos, además de tenerlo todo, podían disponer de la vida de sus súbditos y no había opción, para eso disponía el monarca de un buen ejército y si fuera poco, aquí en Occidente la Iglesia no dudó en ponerse del lado del ganador y metió en la cabeza de los demás a fuerza de repetirlo, que los reyes eran tal, por voluntad divina.

Como apunté antes, ningún rey lo es, si está solo, necesita una serie de personas cercanas con las que poder mantener su reino, a estos que se sumaron en su glotonería, se les llamó nobleza y eran duques, condes, marqueses y otros con prebendas semejantes. Ahí estaba la corte, con el monarca y sus hijos, es decir la casa real, su alteza y un grupo de nobles alrededor, A estos se añadió la iglesia con sus eminencias. Fíjense bien, de un lado estaba la realeza, de otro, la nobleza y las eminencias, pero, ninguno de ellos trabajaba para ganarse la vida, mientras que, al grueso de la población se le daba el calificativo de plebe, chusma. Todo esto tiene un paralelismo con la ganadería, donde el granjero cuida a sus animales para sacarles el mejor partido posible, llevándolos cuando conviene, al matadero.

En la mente popular han quedado como malos reyes, unos cuantos psicópatas, como Calígula. Nerón. Genghis Khan. Atila. Enrique VIII que eliminaba a quien no estaba de acuerdo con su manera de pensar o Leopoldo II de Bélgica que esquilmo el Congo para vender a los negros como esclavos. Estos personajes han quedado en la historia por sus crímenes burdos, pero, la mayoría de estos monarcas usaron la fuerza para doblegar a quien se opusiera, no tenían en cuenta los derechos humanos y sólo les frenaba alguien más fuerte que ellos, eran seres codiciosos, que necesitan sentirse más grandes que los demás a fuerza de subirse encima. Felipe II fue uno de estos reyes que supieron tapar lo que hacían mal, usó como todos ellos, su poder para vivir bien él y los que tenía alrededor, sin importarles el pueblo. La mentira histórica es que algunos reyes hicieron progresar su nación, aumentando la economía, las artes y la cultura en general. Como digo es una mentira tosca, y se puede equiparar a otra que hoy día recitan algunos grandes magnates, ellos hablando de sí mismos nos dicen que han creado muchos puestos de trabajo. Eso es cierto, pero, les aseguro que

ninguno de estos multimillonarios se metió en negocios con la única idea de crear trabajo para los demás, lo hizo por hacerse rico, lo que pasa es que no pueden hacerlo solos y necesitan esa mano de obra que supone el resto de las personas. Catalina de Médicis fue la responsable de la matanza de los hugonotes en Francia, solo porque vio zozobrar su sitio en la realeza debido a una conspiración para asesinar, echó la culpa al grupo de hugonotes y en una noche aciaga fueron degollados miles de ellos. La lista de reyes que abusaron de su posición sería tan grande que no viene ahora al caso, cualquiera que haya estudiado historia ya lo conoce.

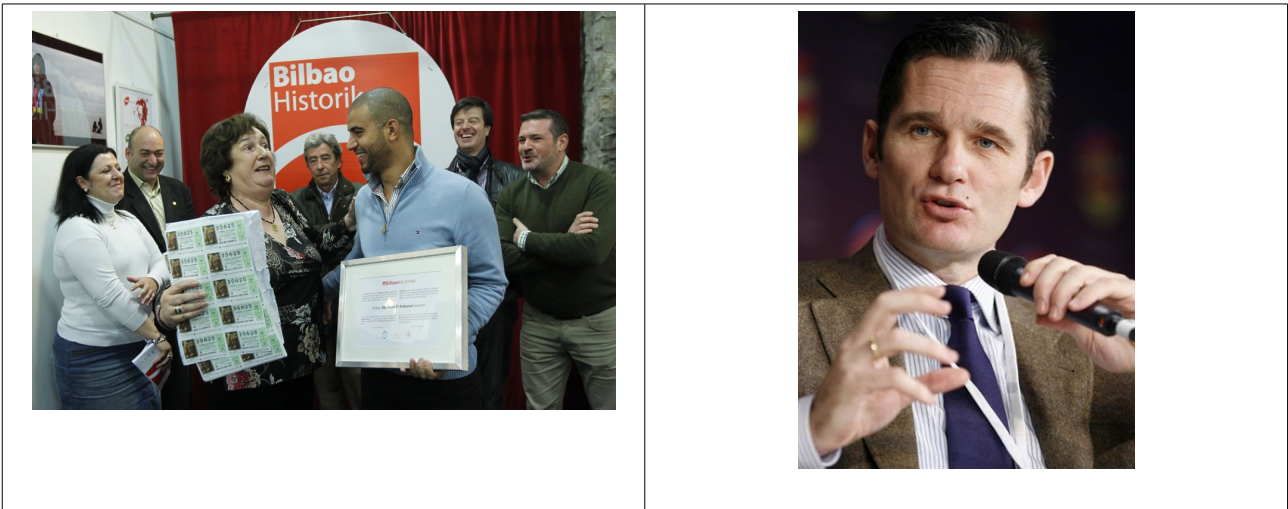
Demostración de lo dicho

- Si de verdad el rey y su corte de personas nobles, hubieran buscado el bienestar de su pueblo, nunca habrían decretado el derecho de pernada, donde estos grandísimos canallas disfrutaban de las mujeres más bellas antes de que se casaran.
- Estar obligado a matar en las guerras.
- No repartir los beneficios de la atrocidad de las guerras con la llamada plebe.
- En el testamento de los monarcas no quedaba nada para el pueblo, se repartía entre sus hijos o el mayor de ellos, es decir, que transfería las posesiones a sus vástagos, dejando al pueblo, el pago del alquiler.
- Aunque un rey cometiera la mayor de las infamias, ya había decretado que no podía ser juzgado por un tribunal de mortales, inferiores a su majestad.
- Los Protocolos. Nada más cómico, estúpido y vejatorio que los protocolos. En presencia del rey había que tener la cabeza baja mirando al suelo, no era posible hablarle si el monarca no le dirigía primero la palabra, tampoco acercarse a menos de dos metros, ni tocarle, ni marcharse concluida la entrevista dándole la espalda. Si nos fijamos en la zona oriental de nuestro mundo, vemos que allí los reyes aún fueron peores, y exigían de sus súbditos, por no llamar esclavos, que ante su presencia se tirasen al suelo. Esto parece increíble, pero, bien cierto fue, en la sala de palacio quedaba claro quién era quién, uno, un ser superior y el otro una piltrafa.

¡Despertad!

¿De dónde viene tanta admiración por las monarquías y la nobleza?. Es, ¿tal vez el fasto y su puesta en escena, cada vez que abandonan sus palacios?. Por otra razón no lo creo, o...¿quizá sí?. Ya es hora de despertar, miren a su alrededor, a su familia y pregúntense si sus hijos viven gracias al

rey, si este monarca les da a ustedes de comer, si les ayudo en la compra de su vivienda, si la salud que ustedes tienen, se debe a la influencia mágica del rey. Si no es así, ¿por qué les admiran tanto?. Si aún no lo tiene claro, observe tan drástico contrasentido y pregúntese si es conveniente para nuestra sociedad seguir por este camino:



Aquí tenemos a dos personas opuestas, de una lado vemos a un marroquí llamado Abdullah El Mekaoui y del otro, Iñaki Urdangarí, el primero, que vive con dificultad económica se encuentra 8000€ en boletos de lotería y lo devuelve. El segundo, que tiene de base más dinero que el primero, no se conforma y decide apropiarse de lo ajeno. Pese a esto, nuestra sociedad nos dice que al dirigirnos a Iñaki Urdangarín, debemos hacerlo poniendo su Excelentísimo señor tal....., mientras que a este marroquí, con un Señor tal....., les basta. ¡Basta! Digo yo.

Cuando se encuentren por ahí a estos aristócratas o a la familia real, no se sientan ustedes pequeños, piensen que la grandeza se mide con otro baremo.

El rey ni siquiera sabe que usted existe y sin embargo, vive gracias a sus impuestos.

Adolfo Cabañero